

¿Es posible distinguir con precisión y aun así disfrutar de lo que no es particularmente refinado?

Cada vez más se piensa en el editor como un rey rodeado de planetas que giran a su alrededor

Placer y erudición

POR QUINTÍN

Entre los libros que nunca voy a escribir hay uno que comienza con un prólogo convincente. Es un libro sobre vino y la idea no es recomendar cepas ni marcas, sino expresar cierta perplejidad frente a la cultura enológica y ciertos paralelismos entre tomar vino y leer o ver cine. La idea se me ocurrió a partir de dos personalidades que tuve ocasión de conocer y cuyas actitudes frente al vino eran exactamente opuestas. Uno es Gérard Mortier, un belga que estuvo al frente de la Opera de Bruselas y de la de París y hoy dirige la de Madrid. Mortier es vanguardista y sofisticado tanto para el arte como para la gastronomía. Lo conocí en el jurado del festival de cine de Ghent, que se caracteriza por agasajar a sus miembros con increíbles banquetes en los mejores restaurantes de la región (es un secreto celosamente guardado que en Flandes se come como los dioses). En esas ocasiones, Mortier nunca aceptaba el vino del menú y elegía otro, diez veces más caro, y lo pagaba para todos los comensales. Esta magnificencia se interrumpía cuando no encontraba en la carta algo a su nivel (en esa época yo era tan ignorante en la materia que esos nombres franceses me resultaban indistinguibles). En esos casos, Mortier bebía sólo agua. A Raúl Ruiz, el otro personaje de esta historia, nunca se le habría ocurrido algo semejante. Su filosofía enológica era simple: en su juventud había aprendido que hay dos clases de vinos, a los que describía como los de araña y los sin araña. De grande se podía permitir no tomar los primeros, o sea los que no incluyen en la botella un insecto que raspa el paladar. Pero a partir de allí no hacía mayores distinciones. Conversé largas horas con Ruiz, que era capaz de hablar con interés de cualquier tema, pero nunca lo oí hacer disquisiciones sobre vinos, un asunto en el que los bebedores suelen extenderse demasiado. Ruiz —me deprime saber que su muerte nos



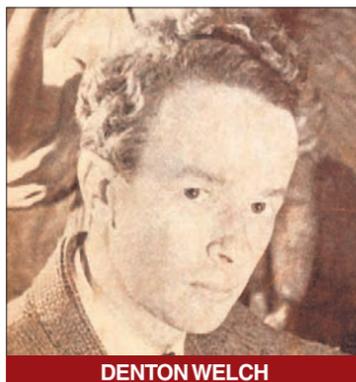
GÉRARD MORTIER

impedirá volver a escucharlo— era un tipo tan culturalmente sofisticado como Mortier. Gran consumidor de tinto, tenía con el vino la actitud discreta que Monica Vitti muestra con el sexo en *El desierto rojo* de Antonioni: cuando un grupo de gente que se está intercambiando confidencias amorosas la llama para que participe, ella responde: “ciertas cosas prefiero hacerlas más que hablar de ellas”. La pregunta subyacente a esta disyuntiva, tan bien representada por sus campeones, es si el placer mejora con la erudición o, al contrario, ésta puede interponerse en su camino. ¿Cuánto se perdía Mortier al tomar agua, cuánto Ruiz al no hacer demasiadas diferencias entre calidades? ¿Es posible distinguir con precisión y aun así seguir disfrutando de lo que no es particularmente refinado? Este dilema ha sido siempre una constante para los críticos de cine y muchos (estoy tentado de decir los mejores) llevan en su corazón al niño que disfruta de las emociones primarias frente a la pantalla. Se podrá argüir que en el arte hay un conocimiento profundo y que igualarlo al consumo de vino es un acto de craso populismo. Pero también que hablar obsesivamente de vinos o coleccionarlos —como se coleccionan libros o películas— es simplemente una manera de encubrir la soledad y el aburrimiento: el paralelismo fue inteligentemente advertido por Alexander Payne en su película *Sideways*, que adapta a la época del esnobismo enológico lo que Lubitsch había descubierto sobre el uso pequeñoburgués de la literatura sesenta años antes. Pero hay muchas otras preguntas que hermanan la apreciación del arte con la del vino. Desde aquella que tanto atormenta a la plástica sobre la relación entre valor y precio de una obra hasta el contraste entre la autenticidad de un producto y su prestigio creado por el marketing de la industria. Después de todo, es posible que algún día escriba ese libro.

El editor y su libro

POR DAMIÁN TABAROVSKY

Hace tiempo que tengo en la cabeza una columna sobre el nuevo lugar del editor: el editor-rey. Esta idea levemente imperante hoy en día, que sacó al editor de su verdadero lugar (las sombras, la calculadora, el tedio) para hacerlo pasar por alguien interesante, casi cool. ¿En qué momento ser editor se convirtió en algo glamoroso? No lo sé. Sé en cambio que cada vez más se piensa a la figura del editor como un autor (el creador de un catálogo), como una especie de estratega que mueve piezas (novelas escritas por otros), como un rey rodeado de planetas que giran a su alrededor (chicas de prensa, periodistas, ministros de Cultura). Pues doblemente no: primero, no, porque siempre, siempre, siempre, la clave de todo reside en el talento del escritor. El editor será secundario, o no será. Segundo no, porque hoy tampoco escribiré esa columna. Escribiré sí, sobre una editora, o mejor dicho sobre la reciente venida a Buenos Aires de una editora española: Ana S. Pareja, de la pequeña editorial Alpha Decay. En esta época confusa, en la que los editores organizan congresos internacionales y viajan a dar conferencias, es decir, hacen lo que antes hacían los escritores, no deja de ser agradable y hasta enternecedora la experiencia del editor que viaja —cruza el Atlántico— con los libritos de su editorial bajo el brazo, para intentar colocarlos en las librerías de otras ciudades y darlos a conocer a nuevos lectores. Por supuesto, Pareja no es la primera ni la última editora que realizará dicho viaje (fui testigo, hace un año, de una muy aguda charla sobre el mismo tema, en la Central del Reina Sofía, entre Julián Rodríguez, editor de Periférica, y Adriana Astutti, de Beatriz Viterbo), pero sí, entre muchos otros, hay un libro en el catálogo de Alpha Decay sobre el que vale la pena reparar, novela que justificó la presencia de



DENTON WELCH

la editora en esta ciudad: *En la juventud está el placer*, de Denton Welch. No son demasiadas las oportunidades de leer a Welch en castellano (en mi biblioteca tengo *En el mar*, traducido por Arturo Jacinto Alvarez en La Perdiz, su propia editorial; creo que en España se tradujo *El primer viaje*, y seguramente debe haber algunas otras que se me escapan, pero no muchas). Por supuesto que el libro de Alpha Decay viene con una faja con una frase de César Aira. Aira le dedicó un libro extraño a Welch, llamado *Las tres fechas*, hace unos diez años. Digo extraño, porque los mejores pasajes del ensayo no son precisamente los referidos a Welch, sino las digresiones sobre Paul Léautaud (asociación que de tan arbitraria termina siendo magistral), y a J.R. Ackerley, que sí tuvo una influencia real sobre Welch (por cierto, no hace mucho, en una librería de viejos de la calle Boyacá, conseguí una bella edición de 1956 de *Hindoo Holiday*, de Ackerley, en la editorial Chatto & Windus, por 15 pesos: apenas un vuelto para un editor sofisticado). En fin, llegamos entonces a *En la juventud está el placer*, publicado en 1945, tres años antes de su muerte, efecto retardado de un accidente en bicicleta ocurrido 13 años antes, cuando sólo tenía 20. En *Denton Welch: Writer And Artist*, James Methuen-Campbell propone leer la novela, y no sólo esta novela, sino la obra completa de Welch (tres libros, unos pocos relatos y obviamente un diario íntimo), bajo el efecto del pacto autobiográfico. La de Welch sería, para decirlo en términos contemporáneos, una estética de la experiencia. Es tan obvio y evidente que esto es cierto, que prefiero detenerme en otro registro; en mi opinión el aspecto central en su obra: la absoluta maestría en el arte del detalle. Welch, como pocos, alcanzó tal dominio técnico en la descripción de lo menor, que ya poco importa su biografía para leer sus novelas. Allí reside su encanto.